

BALENCIAGA *antes*

Todo genio tiene su origen y el de Cristóbal Balenciaga no es lo suficientemente conocido. A través del libro «La forja del maestro: 1895-1936», nos adentramos en sus comienzos

PATRICIA ESPINOSA DE LOS MONTEROS

«**L**a alta costura es una gran orquesta y su director, Balenciaga». Son palabras de Christian Dior, quien, en los años 40, reconoció (pese a que la relación entre ambos nunca fue fácil) que París entera estaba rendida a los pies del modisto guipuzcoano. Y, hasta llegar a ese gran momento, transcurrieron en la vida de Cristóbal Balenciaga más de cuatro décadas de formación y brillante iniciativa empresarial. Un periodo tan productivo como poco conocido.

Y es que su infancia en Guetaria, su etapa de aprendizaje en San Sebastián, su privilegiado posicionamiento en la capital donostiarra y su definitivo traslado a Francia componen unos años cruciales en su devenir creativo. Y esos años, por vez primera, han sido estudiados, documentados y editados en un magnífico libro escrito por Miren Arzalluz: «Cristóbal Balenciaga. La forja del maestro: 1895-1936» (Nerea).

Centro del lujo

Según la autora, Balenciaga fue un producto de su época, del especial momento que, en las primeras décadas del siglo XX, atravesaba San Sebastián: era el gran epicentro del turismo de lujo (gracias a la proximidad de Biarritz y a los veraneos de la Familia Real) y en nada tenía que envidiar a la Costa Azul o a la Riviera italiana. En ese entorno, Balenciaga entró en contacto con lo más granado de la sociedad de la época a través de los marqueses de Casa Torres y, en especial, de la marquesa, Micaela Elío, una de las mujeres más bellas y sofisticadas de la época (vestía en París y en Londres). Gracias a ella, por las manos del jovencísimo Cristóbal pasaron las mejores creaciones de Worth, Patou, Chanel, Vionnet...

La obra de Arzalluz desvela su paso por las casas de costura de la época y por los primeros almacenes

que se establecieron en San Sebastián. También narra el inicio de su primera casa de costura, en la avenida de la Libertad, y desvela los entresijos de sus primeras colecciones, el desarrollo de su firma y el nacimiento de sus segundas líneas (Eisa y BE). Por aquel entonces, conoció a Coco Chanel, quien con frecuencia visitaba San Sebastián con objeto de presentar sus colecciones en los grandes hoteles.

Viajes de ida y vuelta

«Sin aquellos años —explica el modisto Lorenzo Caprile— es imposible que conociéramos al gran Balenciaga de los 50 y 60. Había muchas casas de costura y talleres de confianza de las influyentes clientas de la época, entre las que se encontraban dos reinas y toda la alta sociedad española e internacional que veraneaba en Biarritz, Zarauz o San Sebastián. No existían las *boutiques* tal y como las conocemos hoy día, pero las clientas eran tan *fashion victims* como las de ahora. Por ello, Balenciaga viajaba un par de veces al año a París; allí compraba las *toiles*, los patrones y las telas. Y también allí bebía directamente de las fuentes: conocía a la perfección los cortes».

Balenciaga llegó a tener cinco casas abiertas. «Fue un gran emprendedor y un gran empresario con visión de futuro —continúa Caprile—, pues desde la caída de la monarquía, en 1931, y hasta 1936, las cosas cambiaron mucho en la España despreocupada y alegre de antaño. Fue un visionario que abrió segundas líneas con vistas a clientas de menor nivel adquisitivo, aunque con piezas de altísima calidad. Eso, creo, fue una revolución, por su enorme capacidad de adaptación. Para nosotros, los modistos de hoy, es célebre por su maestría con la tijera y en el patronaje. Le admiramos por su impresionante técnica, que se forjó en aquellos años en los que por sus manos pasaron los mejores trajes y patrones del mundo».

Cuando Cristóbal Balenciaga cerró sus casas de costura en España y se trasladó a París, en 1937, Vladzio



1924 SAN SEBASTIÁN. El Gran Kursaal organizó las «Fiestas de la moda», una exposición con la obra de algunas de las más



COURRÈGES SE EMPAPÓ DEL VANGUARDISMO DE BALENCIAGA CUANDO TRABAJÓ PARA ÉL



d'Attainville, un parisino de origen polaco, de buena familia y muy bien relacionado al que conoció en San Sebastián, fue su gran amigo y mentor. «Hoy sería algo así como su asesor de imagen. Le ayudó a establecer su red de relaciones». Y con el devenir de los años, la huella Balenciaga quedó impresa en otros grandes creadores: desde André Courrèges (trabajó en su taller entre 1950 y hasta 1961), quien se empapó de la época mas van-

guardista del maestro, hasta Emanuel Ungaro, otro de sus grandes colaboradores. Hubert Givenchy no trabajó con él, pero lo intentó y hoy sigue siendo su más rendido admirador; de hecho, es presidente de la Fundación Cristóbal Balenciaga.

De las casi secretas aficiones del modisto, Miren Arzalluz asegura que le apasionaban las antigüedades, los muebles, la pintura y la escultura. «Tenía muchísimas cosas bellas en su casa

de Balenciaga



reputadas casas de costura de París, que lucieron «maniqués vivientes». Para Cristóbal Balenciaga, aquel acontecimiento fue todo un aprendizaje



1938 PARÍS. Tras el inicio de la Guerra Civil, salió de España. Poco después, abrió su *atelier* parisino en la Avenida George V



de Iguelo. Se movía por instinto, pues careció de una especial formación artística, ni era cultivado; pero había visto lo mejor en los mejores lugares y lo había absorbido». Y como buen vasco, le encantaba comer, aunque no en grandes cantidades. Como todo lo que a él se refiere, en la mesa buscó la excelencia.



CON SU GENTE. La familia fue fundamental en la vida de Balenciaga, en especial su madre (izquierda), su gran valedora. En el centro, las trabajadoras de uno de sus talleres donostiarras y un abrigo de 1927. Arriba, el modisto retratado por François Kollar

Del primer vestido...

Se dice que Cristóbal Balenciaga comenzó su carrera profesional en 1917, pero antes ya trabajó por encargo. Esta imagen se remonta a 1912 y en ella aparece una de sus primeras piezas: el vestido de novia de su prima Salvadora Egaña Balenciaga. Además, realizó varios conjuntos para el viaje de los contrayentes. La Fundación Balenciaga conserva algunas de estas prendas, las más antiguas del modisto guipuzcoano.



... al último desfile

En 1968, y ante su resistencia a lanzar al mercado colecciones de *pret-a-porter*, Balenciaga se retiró definitivamente. Su último trabajo fue el diseño del uniforme de las azafatas de Air France. Se fue el creador, pero la firma siguió en activo. Hoy, la casa Balenciaga forma parte del Grupo Gucci y el genial Nicolas Ghesquière es su actual director creativo. En la imagen, una de sus últimas propuestas.

